

LA BRISA TRUJILLANA NO TIENE CÓMPLICES

Francismar Ramírez Barreto
El Nacional, 14/11/99

Sentarse en un banco de la Plaza Bolívar de Trujillo a escuchar el viento soplar, no tiene parangón. Basta con que sea domingo a las 11:00am. Bien si se cuenta con la compañía de Tobías "Camello" Valera (baquiano del "territorio"). Mejor si la Panadería Hispanoamericana decide, hoy, domingo, a las 11:00am, expender un par de cafés. En el pueblo de Trujillo, el verdadero territorio se mide en kilos: un Briceño de 80 kilos, un Barreto de 40 kilos, un Fernández flaquito o un Saavedra regordete.

No hay forma. La gente es el verdadero territorio. Todo lo va diciendo el bendito viento. Una brisa que de ingenua... ni el más mínimo asomo. Un soplo que lleva y trae todo lo que se dice en el pueblo. De San Jacinto a Carmona, de Valera a Santa Rosa, de allí al cementerio, a la fosa del viejo Antonio, a Cuatro Esquinas, al Prado, a Pampán, a Pampanito, a Escuque, a la iglesia del Padre Morelo en Santa Rosa, a la Virgen de la Paz, a Borón y de regreso a la Plaza Bolívar. En ese cuadrilátero todo se sabe porque el viento no tiene cómplices, esparce los secretos sobre los labios de la gente.

No sirve taparse los oídos. Cada vez que se abre una casa, se enciende un fogón o se pila el "maíz" - como dicen las abuelas-, los secretos salen a expensas de que algún ventarrón los lleve (o los traiga). Por esta razón un simple turista, invitado al Encuentro de Nadaístas y Balleneros, puede sentarse en la Plaza, dejar que el viento golpee su cara y después de unas cuantas cachetadas caer en cuenta de las historias locales: que unos caraqueños están de visita, que dos colombianos están por llegar, que la policía anda alzada y que el levantamiento lleva más días que el asalto de los poetas.